

LA PSICÓLOGA

Por: Eduardo Gallego & Guillem Sánchez

–... E insisto, lo importante es no perder el norte. Pocos tienen un propósito en la vida tan claro como el tuyo. Tan solo debes recapacitar con calma, sin agobiarte. Ya verás como todo saldrá bien, y alcanzarás tu meta soñada.

–Gracias, doctora. Me está siendo usted de gran ayuda. Lamento causar tantos problemas...

–Pierde cuidado; es mi deber aconsejaros. Medita sobre lo que hemos discutido, céntrate y nos vemos en la próxima sesión. Cierro canal.

La psicóloga parpadea durante unos segundos para enfocar la visión. El cambio del marco de referencia asociado a la desconexión sigue perturbándola. Le cuesta acostumbrarse a la interfaz craneal militar de última generación. Respira hondo y mira a su acompañante. Alza el pulgar para indicar que todo va bien.

–El paciente parece controlado, capitán.

–Buen trabajo, doctora. Dentro de lo que cabe, este ha sido de los más fáciles.

–Sí, los misiles inteligentes suelen darnos pocos problemas. Basta con guiarlos un poco cuando se desorientan.

–Me quita usted un peso de encima. Un misil con ojiva de antimateria, diseñado para esterilizar planetas, es caro. Odiaríamos tener que darle de baja por culpa de un desorden mental.

–Pan comido. Los misiles son aparatos bastante nobles, por lo general. Peor fue lo de anteayer, ¿recuerda?

–Cómo olvidarlo... Un torpedo con trastorno bipolar no se ve todos los días –El capitán suspira–. Prefiero la munición tonta, como en los viejos tiempos. Me pregunto si esto de confiar tanto en las armas inteligentes se nos estará yendo de las manos...

–Es lo que tiene trabajar con máquinas dotadas de raciocinio. Las diseñan para que crean que irán derechas al Paraíso cuando cumplan su misión, y así se aseguran de que no fallen el blanco.

–Sí, lo buscan con tanta ansia, que nada ni nadie puede pararlas. ¿Y lo felices que son cuando alcanzan el objetivo? No es una mala forma de acabar, doctora.

–Estoy de acuerdo, capitán. Sin embargo, los programadores distan mucho de ser dioses. Algunas armas no acaban de creerse lo de la gran recompensa final, y luego pasa lo que pasa. En fin, para eso estamos los sufridos psicólogos.

El militar sonrío.

–Desde que se ganó este destino en la Armada estará usted viendo cosas impensables en la vida civil, ¿eh, doctora?

–No vaya usted a creer. Peor fue cuando me topé con cierto ascensor que se cansó de subir y bajar, tras llegar a la conclusión de que su existencia se ahogaba en un pozo de rutina monótona. Se empeñó en que también quería ir de lado, y no se le ocurrió cosa mejor que tomar rehenes para obligarnos a acceder a sus demandas. El presidente de una multinacional, la alcaldesa y el concejal de urbanismo, retenidos en el piso 423 del rascacielos... Aún me dan sudores fríos al recordarlo.

–Caray... Tuvo que ser digno de verse.

–Se queda usted corto, capitán. Le contaría el desenlace de aquella aventura, pero me temo que aún estoy demasiado sobria para ello.

–Eso tiene arreglo, doctora. La invito a unas cervezas, que bien se las ha ganado.

–Me place, amigo mío.

Por primera vez en aquel día, ella también sonríe. Y así, charlando sobre todo lo divino y lo humano, la psicóloga y el capitán abandonan la sala de control, camino de la cantina.